

Literatura contemporánea, espejo de la violencia

Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez

Una parte de la literatura actual ha vuelto sus ojos hacia la representación de la violencia en nuestro país. Y aunque predomine aquella generada por el narcotráfico, coexisten otros tipos. Existe una discusión en torno a si perdurará por la actualidad de los hechos o por la calidad literaria. Un atributo de la literatura es la ficcionalidad y sólo por motivos ajenos a los literarios es importante tratar de representar la sociedad de manera fiel. En los textos se advierte un trabajo en el que confluyen imaginación y realidad, proponiendo al lector otra mirada distinta de los noticieros televisivos.

One part of contemporary literature has turned its eye towards a representation of violence in our country. Although violence on the part of the drug traffickers predominates, other types coexist. There is a discussion concerning the fact whether it will continue because of the current state of affairs or because of the quality of the literature. An attribute of literature is its fictionality and only through reasons apart from literary ones is it important to try to represent society faithfully. In these texts, we notice a work in which imagination and reality come together to propose another view to the readers that is different from those presented on television news.

El presente trabajo tiene por objeto establecer una aproximación a la literatura sobre la violencia que ha marcado a nuestro país. Se han elegido obras que narran el narcotráfico debido a que una mayoría se ha generado en torno a este tema, y sobre la violencia de género, que ha sido un azote constante. Se han atendido estrategias, recursos y procedimientos relevantes en las diferentes producciones a partir de un análisis del trabajo de interpretación que los autores realizan de ciertos sucesos contemporáneos. La es-

critura es mediatizada por el detonante de la realidad, de la memoria y, sobre todo, de la imaginación. Mendoza y Pérez Reverte se valen de la realidad como materia narrativa para abordar el entramado de un país dominado por la inseguridad y la corrupción. La violencia en el ámbito doméstico es frecuente y la historia narrada por Krauze nos enfrenta a un escenario cotidiano.

Algunos elementos de la teoría de la recepción guiaron el estudio de las novelas dedicadas a los crímenes del narcotráfico. La orientación de este trabajo radica en localizar las funciones que el receptor tiene frente al texto literario. Mi postura como lector ante hechos que han sido cotidianos fortalece la mirada, puesto que ha servido como reflexión ante aquello que nos ha vuelto insensibles. “Dos de los principales problemas de la recepción están ya aquí esbozados: a) la función de ese receptor como parte activa de la construcción literaria y b) el valor de la historia en este desarrollo” (Gómez, 237). Al hablar de ‘mi postura’ estoy haciendo referencia a la conciencia que dicta la manera de percibir los hechos, que han sido pasados por un tamiz que engloba el uso de la teoría, la subjetividad y el condicionamiento histórico:

Esto significa que la conciencia es el origen y el centro de todos los sentidos con que el ser humano se acerca al mundo circundante. La consecuencia más evidente de estos planteamientos filosóficos en el dominio de la crítica literaria es la nueva concepción de la objetividad textual; por un lado, se tiene en cuenta el valor de la subjetividad con que se muestra la personalidad del crítico... y, por otro, se formula un concepto de objetividad metodológica [...] (Gómez, 238)

Según Wolfgang Iser, existen diferentes tipos de lectores, uno de ellos es el real, que tiene que ver con la persona que efectúa el acto de lectura. En este sentido, el interés está puesto en una lectura actual cuya mirada comparte las inquietudes que le provoca la sociedad en la que está inmersa. Este estudio se basa en la teoría del efecto como lector colocado en un espacio diacrónico llamado ‘horizonte de expectativas’: “[...] una obra literaria no posee, en ningún momento, un significado acabado, sino que se incluye,

como un signo más, en un horizonte cultural del que proceden los valores con que es interpretada en cada momento histórico.” (Gómez, 238). Comparto la visión de Umberto Eco en el sentido de que los textos son interpretados libremente por el destinatario, sin el cual no habría posibilidad de generar un acto, que se puede llamar de recreación en el sentido de que nuestro horizonte cultural nos determina de acuerdo al contexto histórico social que nos ha correspondido vivir. El lector adopta los códigos de acuerdo a diversos niveles que el propio escritor, a través del narrador, ha signado a la obra literaria. La competencia lectora radica en el conocimiento que el destinatario tiene como agente informado sobre los problemas reales que aquejan a la sociedad, dotando al lector de una competencia simbólica.

La novela que se refiere a la violencia de género, *Dulce cuchillo*, es estudiada a través de la teoría feminista y ha posibilitado el acercamiento de las perspectivas de mujeres y hombres que se han visto envueltos en una violación.

La crítica feminista tuvo una postura sustentada en una distinción de la valoración genérica distinta a las creadas y utilizadas por los varones. En este sentido suponía una peculiaridad y reconsideración de la mirada crítica. De ahí surgió una estética feminista que pretendía descodificar textos producidos por mujeres que era determinada por “los significantes y significados que se producen en un momento histórico, en un lugar y por un autor determinado, con la carga de tradiciones, patrones, esquemas, relaciones de poder, técnicas, convenciones, lenguaje y código que las condicionan.” (Sefchovich, 67)

La violencia en el caso de *Dulce cuchillo* no sólo tiene que ver con la violación, también con la apropiación del lenguaje por parte del violador que funciona como un atenuante de su acto:

[...] la escritura femenina era caracterizada por los rasgos de fluidez y de plasticidad textuales frente al afán de dominio y la rigidez dogmática que definía a la masculina; ello es lo que provocaba que la escritura, en cuanto reflejo del pensamiento, se sintiera desplazada, como si se tratara de una “sombra”, acosada por el “yo” de la identidad colectiva de los hombres. (Gómez, 319)

Ethel Krauze ha roto con esquemas que caracterizaron a la escritura femenina durante años y construido otros modelos ideológicos donde ya no privan la subjetividad, la emotividad, el espacio privado y temas sobre el hogar.

El corpus de este trabajo se ha delimitado considerando la amplitud y cantidad de textos narrativos y el tiempo destinado a esta investigación. Menciono los títulos analizados: *La reina del sur* de Arturo Pérez-Reverte, *Balas de plata* de Élmer Mendoza y *Dulce cuchillo* de Ethel Krauze. Debo precisar que no obstante que este estudio se circunscribe a los inicios del siglo XXI de la literatura mexicana, he decidido incluir la novela de Pérez Reverte debido a que la trama tiene un fuerte ascendiente del espacio y personajes mexicanos; esta obra no coincide con algunos de los parámetros que la mayoría de los textos analizados presentan, por ejemplo: el autor es español, la protagonista es una mujer, cuando la mayoría de los autores eligen a un hombre, de ahí que me pareciera provocativa la visión de un extranjero frente a nuestra realidad.

La propuesta al presentar este tipo de literatura como una invitación a la reflexión en torno a los hechos violentos tal vez sea ingenua en el sentido de que se ofrece a través de la imaginación y del lenguaje una literatura que muestra el sufrimiento y el dolor para conducir a un razonamiento sobre la posibilidad de cambio para nuestro país. La imaginación va unida a la esperanza. Dice Carlos Fuentes: “Pensemos en una sociedad sin literatura, sin lenguaje, sin imaginación, es una sociedad perdida...”¹

Se dice que la literatura del narcotráfico es realista, pero, ¿dónde queda la parte de ficción que le corresponde? Por presentar los hechos de manera cruel y descarnada, ¿es valiosa? Tal pareciera que al narrar los acontecimientos de esa forma, demeritara su valor porque se reproduce mecánicamente, con un entusiasmo primitivo. Sin embargo, es válido preguntarse si existe otra manera de representar la violencia surgida por el narcotráfico. Su mundo cruel y despiadado con innumerables muertes, cadáveres insepul-

¹ Carlos Fuentes. www.sintesisdigital.pue-mx.com/MuestraNoticia. Retomada el 17 de abril de 2012.

tos, cuerpos desmembrados, pareciera que no dejara oportunidad para hacerlo de otro modo y esa es la manera que han elegido muchos escritores para presentar su obra. La realidad debe ser recreada en las obras, no retratada. No se trata del tipo de literatura donde se lucha por la libertad o por la tierra, como sucede en el caso de la novela de la Revolución Mexicana, es un recuento crudo, mientras más brutal se presente, más quiere imitar a la realidad y con ello mayormente pretende hacerse ver como una literatura que intenta acercarse al público. Tal y como se presentan los acontecimientos diarios, el pronóstico sugiere que se prolongará por tiempo insospechado.

Hay una discusión en torno a si perdurará por la actualidad de los hechos o por la calidad literaria. Un atributo de la literatura es la ficcionalidad y sólo por motivos ajenos a los literarios es importante tratar de representar la sociedad de manera fiel. Existen sus excepciones notables y aunque la mayoría de la llamada narcoliteratura exhiba un desfile de mortandad, en algunos textos se advierte un trabajo en el que confluyen imaginación y realidad, proponiendo al lector otra mirada distinta a la de los noticieros televisivos. La mayoría de las novelas responde a una inmediatez, no todas sobrevivirán por la calidad literaria sino como testimonio de los desatinos del ser humano. Lo que es muy cierto es que el entorno actual nos ha cambiado la manera de ver las cosas, nuestra vida ya no es igual después de tantas muertes. Y así lo ha representado la literatura. Los escritores se han sensibilizado ante tanta violencia, ante tanta morbidez por parte de los reporteros gráficos, que muestran crudamente cientos de cuerpos descuartizados.

No es gratuito que la mayoría de las novelas que se han escrito sobre el tema pertenezcan a la frontera norte de México, aunque también es cierto que la violencia se ha generalizado en todo el país. Ahora ya no existe un espacio en donde el narcotráfico no haya ingresado. Ejemplos de escritores norteros son Élmer Mendoza, Federico Campbell, Gabriel Trujillo Muñoz, Luis Humberto Crosthwaite, Juan José Rodríguez, Eduardo Antonio Parra y Luis Felipe G. Lomelí, entre otros. Este tipo de literatura que algunos llaman subgénero es la narcoliteratura. En la actualidad se

ha vuelto un lugar común y tal vez sea una advertencia de que se han empezado a minar nuestros escasos valores provenientes de una sociedad en decadencia.

La literatura está viviendo un nuevo realismo sustentado en imágenes cotidianas que transmiten los medios de comunicación: televisión y prensa se regodean utilizando palabras cruentas, con detalles demasiado explícitos sobre la violencia ejercida. Esta es una característica bien definida, una propensión a dejar explícitamente claras todas las crueldades ejecutadas sobre las víctimas, aunado a un lenguaje coloquial y descripciones plásticas.

Sus autores parecen testigos de los hechos, dan a entender que no es subversivo su punto de vista, se limitan a presentar lo que sucede. En este sentido, están más cerca del género periodístico y de ahí que no sea gratuito que varios escritores ejerzan esa profesión. Autores como Arturo Pérez Reverte y Ethel Krauze no se limitan a usar su obra como espejo, sino que hablan de detalles, de descripciones, del dolor humano y de una ausencia de valores que es significativa en nuestra época.

NARRATIVA DEL NARCOTRÁFICO

Iniciaremos con *La reina del sur* de Arturo Pérez-Reverte, novela que es acción total. Comienza con la muerte de un personaje que trastorna radicalmente la vida de la protagonista, Teresa Mendoza. El autor-narrador va intercalando la vida de esta mujer con pasajes donde cuenta la manera como ha conseguido la información, de esta forma nos da la impresión de que se tratara de una historia real.

Teresa Mendoza tuvo un origen oscuro en su tierra natal, Cuiliacán, Sinaloa, lugar que no abandona nunca en su pensamiento, siempre comparando los sucesos que le ocurren en su presente con enseñanzas aprendidas en la vida: “Era singular, pensaba, cómo algunos viejos lugares de España le producían la certeza de encontrarse con algo que ya estaba en ella. Como si la arquitectura, las costumbres, el ambiente, justificasen muchas cosas que había creído propias sólo de su tierra.” (Pérez-Reverte, 312). Es un personaje que se va haciendo conforme transcurren las acciones de

la novela. Ella es una mujer inteligente, dura, fría, con ráfagas de sentimientos, de recuerdos, que por momentos la sensibilizan.

A falta de instrucción formal tiene otra, común a la de los personajes de la literatura picaresca, aprendida a través de sus experiencias. De ahí que resulta peculiar que a ella le guste leer y esto lo realiza cuando ya es una mujer con más años. La primera referencia a un libro que será recurrente y simbólico en la novela, ya que tiene similitud con su vida, es *El conde de Montecristo*, al que se aficionó desde que incursionó en la lectura.

La obra es circular. Al principio da cuenta de una visita que el autor-narrador le hace a Teresa en Sinaloa, en este momento cuenta con treinta y cinco años. Entre el escritor y la protagonista existe una cercanía que genera admiración por ésta, y que la observaremos en toda la novela. Su descripción va a presentar diferentes tintes, de manera cronológica la va delineando conforme pasa el tiempo: inicia la cuenta de su vida cuando ella tiene apenas unos veintitantos años. El autor la define no de manera precisa, sino como es su percepción, con una visión fina, sensible.

El primer capítulo sirve para atrapar al lector con el fin de que tenga curiosidad por la vida de la protagonista. Al principio aparece el retrato de una mujer hasta cierto punto ingenua, que confía ciegamente en el hombre que ama y en aquél que es su “padrino”, don Epifanio Vargas, capo de Sinaloa. Desde el principio se nota que la vida de estos hombres y mujeres encerrados en su propio quehacer es apresurada, porque la muerte está cercana a ellos en todo momento.

El lenguaje de la novela va en consonancia con la trama: está lleno de palabras altisonantes, propias de los personajes que representan y que son parte natural de su expresión. Los títulos de los capítulos están tomados de partes de corridos, canciones o de dichos populares que vienen a mostrar un lenguaje mordaz, como por ejemplo: “Me caí de la nube en que andaba”, “Vámonos donde nadie nos juzgue”, “Estoy en el rincón de una cantina”, entre otros.

Existen varias digresiones que sirven para explicar cómo se desarrolla la vida de los narcos: “Cantantes populares como el As

de la Sierra se fotografiaban... con una avioneta detrás y una escuadra calibre 45 en la mano... Si de algo no necesitaban los narcocorridos, era de la imaginación”. (Pérez-Reverte, 30)

La vida de esta mujer es azarosa, se encuentra con la muerte en cada momento, como cuando la van persiguiendo después de que han asesinado a su primer amante, es víctima de una violación por parte de sus agresores, ella se defiende y dispara a uno de ellos. La violencia se manifiesta de distintas maneras. Una forma es a través de la violación. Ya habían abusado de Teresa años atrás, cuando tenía quince. Su vida parece marcada desde un principio.

La muerte con violencia es común en estos lugares: “en una tierra donde morir con violencia era morir de muerte natural –veinte mil pesos un muerto común, cien mil un policía o un juez, gratis si se trataba de ayudar a un compadre” (Pérez-Reverte, 35). La muerte ha pasado a ser parte cotidiana en nuestras vidas sin que hayamos podido hacer algo para impedirlo.

En varias partes de la obra aparece con frecuencia la imagen de Teresa, que va cambiando conforme suceden los acontecimientos o bien como si fuera una figura que se desdoblara para mirarse como es o lo que ha dejado de ser: “el recuerdo reciente por fin la estremecía, pues la otra Teresa Mendoza acababa de abandonarla, y sólo quedaba ella misma sin nadie a quien espiar de lejos. Sin nadie a quien atribuir sensaciones y sentimientos” (Pérez-Reverte, 44). Estas son partes interesantes que se irán desplegando gradualmente en las diferentes etapas por las que esta mujer va pasando. Otra imagen: “Observando con aprehensión cada uno de los rasgos de sus veintitrés años de vida como si tuviera miedo a verlos alterarse en una mutación extraña. Miedo a ver, un día, su propia imagen sola en la mesa, como los hombres de aquella cantina de Culiacán; y no llorar, y no reconocerse.” (Pérez-Reverte, 93)

Esta es una forma de pensarse en un futuro que está próximo a alcanzarla. En estos momentos, a pesar de que ha pasado poco tiempo entre la persona que vivió situaciones arriesgadas en Culiacán y la que está en Melilla, España, se va dibujando otra mujer diferente. Los cambios se van suscitando:

Por eso resultaba interesante, casi educativo, entrar y salir de aquel modo de sí misma: poder mirarse desde el interior, lo mismo que desde afuera. Ahora Teresa sabía que todo, el miedo, la incertidumbre, la pasión, el placer, los recuerdos, su propio rostro que parecía mayor que unos meses atrás, podían contemplarse desde ese punto de vista. (Pérez-Reverte, 133)

[...] mientras daba al mismo tiempo ojeadas al espejo, interrogándose sobre la distancia cada vez mayor entre aquellas tres mujeres: la joven con ojos asombrados del papel fotográfico, la Teresa que ahora vivía a este lado de la vida y del paso del tiempo, la desconocida que las observaba a las dos desde su –cada vez más inexacto– reflejo. (Pérez-Reverte, 135)

En su interior el camino se ordenaba con extraña claridad. Una puerta abierta de pronto, y aquella mujer silenciosa, la otra que a veces se parecía a ella, observándola desde el umbral. (Pérez-Reverte, 282)

Hubo más Teresas que afloraron por aquel tiempo: mujeres desconocidas que habían estado allí siempre, sin que ella lo sospechara, y otras nuevas que se incorporaban a los espejos y a los amaneceres grises y a los silencios, y que descubría con interés, y a veces con sorpresa. (Pérez-Reverte, 293)

También pensaba en sí misma mientras hablaba, como si fuera capaz de desdoblarse en dos mujeres: una práctica... y otra que lo consideraba todo con singular ausencia de pasión, desde fuera o desde lejos, a través de la mirada extraña que sorprendía fija en sí misma. (Pérez-Reverte, 295)

Los cambios ocurridos en su vida son tan rápidos que se asombra y no se reconoce: "...pues no siempre estaba segura de ser ella misma la que se miraba, o se recordaba; como si fueran varias las Teresas agazapadas en su memoria y ninguna tuviera relación directa con la actual." (Pérez-Reverte, 238)

Otro elemento importante y que es simbólico y reiterativo son los amaneceres grises que continuamente despiertan a Teresa y

que aparecen como presagios en su vida: “Por eso necesitaba esperar a que amaneciera y analizarlo con la luz gris del alba, cuando tuviese miedo.” (Pérez-Reverte, 257) Estas ocasiones en que reiteradamente se desdobra, aparece otra mujer que la observa y sabe que es ella misma, que es criticada y no es aceptada. En varias partes de la novela aparece como una contraparte.

Al tener que escapar de México, por consejo de don Epifanio Vargas, Teresa llega a España, en Melilla, en la costa marroquí; ahí conoce a otro hombre al que va a querer y con el que va a tener una relación profunda: Santiago Fisterra, un gallego traficante de hachís.

La historia se nutre de corrupciones, de acciones rudas que acompañan la vida de los narcotraficantes, sus trabajos nocturnos en embarcaciones con poderosos motores, la necesidad de esquivar a la guardia costera y a su helicóptero. Junto a Santiago se había hecho una experta en correrías nocturnas en lanchas rápidas que evadían a la policía con su cargamento de droga.

Por su existencia pasan muchos personajes, la mayoría tiene que ver con su hacer delictivo. En esa vida no existen los amigos, había dicho el narrador en páginas pasadas. De ahí la enorme soledad en la que se encuentran estos seres. La vida de Teresa parece deambular por un camino donde las personas que la han rodeado y querido las han matado.

A los veinticuatro años sufre un terrible accidente que la lleva al hospital y a su amante a la muerte. Es apresada por contrabandista y tiene que pasar año y medio en la cárcel, donde también aprende a defenderse de los que le quieren hacer daño. Ahí conoció a otro personaje que la va a determinar y acompañar otro tiempo de su vida: Patricia O’Farrell, mujer perteneciente a las altas esferas que había sido apresada por andar con un hombre al que asesinó la mafia y que se dedicaba al narcotráfico. Ella es una mujer con clase que le enseña a vivir de diferente manera y la acerca a los libros. Es bisexual y tiene una relación duradera con Teresa, le enseña la necesidad de la instrucción y el no tener que depender de un hombre.

Existen digresiones que dan cuenta de la presencia del autor, es él quien ha elegido las obras que ha leído Teresa, el que gusta de

la lectura y el que comenta: "...no hay dos libros iguales porque nunca hubo dos lectores iguales. [...] cada libro leído es, como cada ser humano, un libro singular, una historia única y un mundo aparte." (Pérez-Reverte, 241)

Oleg Yasikov fue un hombre que incidió notablemente en la protagonista. Era un ruso que fue su socio en los negocios de la droga y quien la apoyó en muchas situaciones difíciles que se le presentaron, y también fue su consejero y guía en los caminos difíciles de la vida del narcotráfico. Fue un hombre clave en la vida de Teresa, sin él no hubiera podido sobrevivir en ese mundo. También la ubicó en la realidad.

Otro hombre que ingresó en la vida de la protagonista y que tendrá enorme importancia en Teresa es Teo Aljarafe; él le ayuda a ampliar sus negocios de droga. Es su contador y organiza el lavado de dinero. Será posteriormente la persona con la que tenga relaciones sentimentales. Este hombre la traicionará, y por ello Teresa lo mandará matar.

Conforme se ampliaba el negocio, aumentaban los enemigos. Después del tráfico de hachís estuvo en el de cocaína junto a Oleg Yasikov, lo que propició que su poder se extendiera por el Mediterráneo. Este hombre fue crucial en la vida de Teresa. Gracias a él aprendió a sortear los peligros que le imponía la vida en el narcotráfico. Es un hombre inteligente, sensible, que ha sabido desenvolverse en el duro negocio del narcotráfico sin que lo hubieran apresado. Por su experiencia, tiene más conocimiento que el que tiene Teresa.

Me estoy quedando sola, Oleg.

Estaba quieta frente a él, y la resaca del agua minaba la arena bajo sus pies a cada reflujo. El otro sonrió amistoso, un poco lejano. Triste.

—Qué extraño oírte decir eso. Creía que siempre estuviste sola. (Pérez-Reverte, 444)

Los capítulos se van mezclando con la intervención de la voz del autor, quien de manera periodística va dando indicios de la forma en que ha conseguido información sobre la vida de esta mujer a quien le han apodado La Reina del Sur.

En la vida de la protagonista existieron tres hombres a los que ella amó. Del tercero, Teo Aljarafe, se embaraza. Este hombre se aprovecha del amor de Teresa y la engaña robándole dinero. Es a través de las cuentas e inversiones irregulares que la justicia sospecha de él y lo presionan para que la delate. Esto es un detonante en la vida de esta mujer, cuyo final como narcotraficante ya está próximo; quien la induce es Willy, Guillermo Rangel, un agente de la DEA que le cuenta que el hombre que mandó matar a su primer novio fue don Epifanio Vargas, a quien ella creía su protector y que le había ayudado a escapar de México. El gobierno de Estados Unidos no veía bien que un exnarcotraficante pudiera ser, en un futuro, senador de la República Mexicana.

La vida de esta mujer está marcada por la desgracia: de chica fue violada, su padre las abandonó y su madre se dio al alcoholismo. En un momento de desesperación se confiesa ante Oleg como una mujer cobarde que ha presentado siempre una máscara de valentía y cuya vida ha estado definida por otros:

Yo soy la otra morra que tú no conoces. La que me mira, o ésa a la que miro; ya no estoy segura ni de mí. La única certeza es que soy cobarde... Fíjate: tanto miedo tengo, tan débil me siento, tan indecisa, que gasto mis energías y mi voluntad, las quemo todas hasta el último gramo, en ocultarlo... Porque yo nunca elegí, y la letra me la escribieron todo el tiempo otros. Tú. Pati. Ellos... (Pérez-Reverte, 483-484)

Las circunstancias hacen que se vea en una encrucijada cuando el agente de la DEA, Williy Rangel, le ofrece inmunidad bajo otra personalidad, con el fin de que declare en México en contra del futuro senador, don Epifanio Vargas. Ella acepta la propuesta ya que se encuentra con la amenaza de encarcelamiento.

En México, Epifanio Vargas decide entrevistarse con ella con el fin de disuadirla para que no declare en su contra, aunque en realidad quiere exterminarla. La protagonista hace divagaciones y reflexiona sobre lo que ha sido su vida. En la obra existen pocas digresiones y éstas sirven para ahondar en la personalidad de Teresa Mendoza, y tienen que ver con la presencia de esta doble

personalidad, con aquella otra mujer que siempre ha estado cerca, observándola:

La última vez que estuvo allí había otra mujer mirándola desde las sombras. A menos, resolvió, que yo sea la otra mujer, o la tenga dentro... Quizá la vida sea eso, y una respire, camine, se mueva sólo para mirar un día atrás y verse allí. Para reconocerse en las sucesivas muertes propias y ajenas a las que te condena cada uno de tus pasos. (Pérez-Reverte, 515)

El narrador es reiterativo al mencionar las palabras “La Situación” en los momentos que han sido decisivos en la vida de la protagonista y al final lo repite, ya que los acontecimientos violentos que se avecinan y en los que han tratado de matarla, debe defenderse al lado de su fiel Pote Gálvez: “Y cuando vuelva a ver la luz del día, pensó, si es que llego a verla, todo será distinto. O no.” (Pérez-Reverte, 525). Con frecuencia aparece esta disyuntiva en la vida de Teresa. En realidad no espera nada del destino, la vida la va viviendo día con día. Las personas como ella no pueden pensar en un futuro a largo plazo.

La vida de narcotráfico ha quedado atrás. Eso fue parte del arreglo con el agente de la DEA. La carrera de Epifanio Vargas quedó destruida. La última imagen que tuvo el autor-narrador de la protagonista fue cuando declaró en la Procuraduría General de Justicia del estado de Sinaloa y observó que rasgaba en pedacitos una fotografía. Esta es una acción simbólica que indica el rompimiento con su anterior vida, ya que la fotografía que guardaba, el pedazo de ella, era de sí misma abrazada de su primer amor, el “Güero” Dávila.

El narrador finaliza la novela dando cuenta de una reflexión que indica la presencia real de él como actor presencial de algunos hechos y de la cercanía con los actores, hurgando en sucesos ocurridos a la mayoría de los personajes, sin dejar a un lado la parte de ficción que tiene toda buena novela.

En la mayoría de las obras analizadas, ninguna se centra o hurga en la mente de los narcotraficantes, en la novela *La reina del sur*, su autor, Pérez-Reverte, logra que la protagonista tenga un

final feliz y muestra que, a diferencia de otras del mismo tono, se convierte en heroína a pesar de los asesinatos ordenados y del contrabando intenso de droga.

Algunos personajes de las novelas aparecen como héroes que pueden vencer a los narcotraficantes, un ejemplo de ello es el “Zurdo” Mendieta. En *Balas de plata*, de Élmer Mendoza, el narrador utiliza un lenguaje coloquial y fácil, sin utilizar signos que indican la presencia del estilo directo y que otorgan la palabra a los personajes. Dentro de las técnicas narrativas, el manejo del tiempo es un elemento esencial, en ocasiones se da un retroceso al pasado, aunque no se interrumpe el hilo normal de la narración ya que no se utilizan técnicas complicadas. El narrador es testigo omnisciente, ya que va dando cuenta de todo lo que ocurre.

Se suceden varias escenas de crímenes en varias de sus novelas que esperan ser resueltas por el “Zurdo” Mendieta, antihéroe y creación de Élmer Mendoza, cuya capacidad para solucionarlos es asombrosa. Las mujeres ocupan un lugar importante, no sólo como hembras hermosas y dispuestas al sexo, sino como seres peligrosos, capaces de matar sin miramientos:

Paola Rodríguez cruzó la reja de la calle y avanzó lentamente hacia la casa... De su bolso extrajo una escuadra negra... Bruno Canizales no tardaría en levantarse para ir a correr, el infame traidor, el “me jodo en todo y me importa un carajo, un comino, un bledo lo que sea”... Al fondo la recámara del licenciado Bruno Canizales, el hombre de su vida, que es al único que una mujer decente tiene derecho a matar sin remordimientos. Se aproximó a la puerta de donde pendía un adorno de palma bendita... Es tu hora, desgraciado. Penumbras. Agresiva fragancia. Se inquietó, no le gustó la postura del cuerpo sobre la cama desordenada, encima de las sábanas, atravesado. ¿Duermes, maldito perjuró, después de una noche de sexo desbocado?...

Bella; imposible describirla. (Mendoza, 16-17)

En *Balas de plata*, Élmer Mendoza nos presenta una novela que sigue un estilo detectivesco. Los detalles se van explicando sin el embarazo de lecturas difíciles. Las técnicas complicadas no

existen en la mayoría de estas obras, lo que interesa es la crudeza del tema, sólo están algunas retrospectivas que indican el regreso al pasado:

Fragancia de bosque. Le abrió Goga Fox y casi se le caen los calzones. Había caído en una trampa, ¿desenfundar?, ¿gritar desaforadamente?, ¿pedir refuerzos? Nada, cualquier intento sería inútil.

Trece meses atrás.

En una fiesta en Altata, invitado por Omar Briseño, a quien acababan de ascender, la vio por primera vez. Hermosa como la primera noche con el amor de tu vida. Alta, rostro fino y sensual, cabello platino, muy corto. (Mendoza, 129)

El narrador es omnisciente, sabe lo que piensa y hace el protagonista, el “Zurdo” Édgar Mendieta, que es como un antihéroe en el sentido de que es presentado con múltiples errores, sin embargo su tenacidad y su afán por lograr el esclarecimiento de un asesinato le devuelven la heroicidad. Tiene características que son hasta cierto punto paradójicas y que desvían la atención del lector, como el haber estudiado literatura, o la inclusión de títulos de novelas tales como *Noticias del imperio*, cuyo nombre recorrió todo el texto, pero cuya implicación no quedó clara.

En *Balas de plata* las mujeres tienen importancia, ya que son detonantes de varias acciones que dan impulso a la novela, como los asesinatos que se cometen; son descritas como mujeres frías, bellas e inteligentes, como lo son Goga y Samantha Valdés.

La violencia se deja sentir no sólo en los hechos sino también en el lenguaje utilizado, es un lenguaje rudo, con palabras altisonantes. El autor le imprime verosimilitud a la obra, por ejemplo cuando da referencias de aspectos que remiten a la realidad, al entorno físico, pero qué más real que las muertes que acontecen: “Esta mañana apareció asesinado en su casa, en la colonia Guadalupe de esta ciudad, el abogado Bruno Canizales... presentaba un balazo en la cabeza y se encontró un casquillo percutido de 9 milímetros...” (Mendoza, 49)

Existen características comunes en los personajes de las novelas que son resultado de los acontecimientos diarios, como la

notable pérdida de valores humanos. No hay un plan concreto para dar fin a esa problemática. Aquí no existe una fuerza homogénea que pretenda enfrentar un flagelo que azota a la mayoría, todos la viven de una u otra manera, ya sea aquellos que la sufren en carne propia o que son testigos de lo que cada día ve y escucha a través de los diferentes medios de comunicación. La violencia ha pasado a ser parte de nuestra cotidianidad, por eso la aceptamos tal cual y nuestra vida continúa sin que meditemos en el alcance que está teniendo. La literatura ha sido una de las formas artísticas que ha sido marcada por esta presencia, que por momentos se muestra invencible. Quienes la han padecido han mostrado que no importa sexo ni edad.

Dulce cuchillo de Ethel Krauze, presenta la historia de una violación. La sexualidad es una manera acostumbrada de violentar a las mujeres, por lo que parecería que estamos ante un libro más que cuenta una situación repetida, pero la obra suma otros ingredientes: aparecen las visiones de la violada y la del violador. Es la vida de una mujer vulnerada en todos los ámbitos de su ser, modificada y manipulada por otros. Es una novela violenta y violentada que presenta a un personaje que nunca ha sabido ser feliz y que en sus momentos de lucidez quiere lograrlo. La protagonista inicia su narración dando pormenores desde la entrada a un motel. Los indicios que va dando al hablar de las órdenes que le da su violador indican aspectos importantes: uno, que es una niña de escasos doce o trece años, y el otro, que su violador es alguien que tiene dominio sobre ella, otro más indica que esa violación ha sucedido años atrás porque narra con una cierta distancia. La violación es muerte y así lo hace ver la niña, que percibe que algo trastocará definitivamente su existencia. La violada en este caso, y en muchos, aparece como una cosa que ya no tuviera valor, es una víctima que continúa sufriendo por mucho tiempo. En la novela encontramos diferentes tipos de violencia: física, psicológica y verbal. Nos recuerda que la esclavitud no ha cesado, que sólo ha tenido algunas variantes, la forma en que la protagonista narra sus desventuras da la idea que ha permanecido anclada al violador, y el saber por los medios masivos o por referencias cercanas, el secuestro de una hija, de un

amigo, de un conocido, nos abrumba, y nos hace permanecer inquietos reflexionando sobre lo frágil que es la vida.

La obra no es lineal, tiene vueltas hacia el pasado que nos van explicando lo ocurrido en lapsos de tiempo como lagunas, por eso observamos que Magdalena, la niña violada, en algunos momentos narradora, es ahora una mujer que comparte su vida con Sebastián, su esposo, y cuyas huellas son demasiado hondas para que las haya superado.

Ella, como todas las víctimas, es una persona desvalorada, la fuerza la tiene que encontrar sola, frente a los demás pide respetar sus sentimientos, pareciera que lo que siente no importa, sólo el acto de posesión, de poder. No es sólo a través del dominio carnal que su verdugo la tiene, también esgrime un poder en toda su persona, no la deja ser ella y por eso se asusta ante alguna de sus audacias: “¿Alguna vez había oído este hombre tamaña frase en boca de Magdalena? (Krauze, 17)

Lo curioso del caso es que esta mujer no puede abandonar al hombre que la ha violado, se trata de una codependencia en la que ella se desfragmenta si se encuentra alejada de él, el vínculo poderoso que la sostiene es sexual.

La autora presenta también la visión del violador y le cede la palabra, y al hacerlo va logrando que el lector entienda el porqué de su conducta, de tal modo que no resulta sorprendente que nos diga que está conviviendo con la madre y la hija aunque sí inquieta que hable sin asomo de perturbación, de cómo era la madre sexualmente: “Alegría es una bruja lúbrica y maledicente: y Magdalena el hada de los cuentos pornográficos que necesita la ternura de un oso de peluche.” (Krauze, 23). Las sensaciones del violador son confusas y así lo declara cuando hace referencia a Magdalena: “La aborrecía: ahíto de ella ya la deseaba con una fruición que me nublaba los ojos, no me dejaba tregua ni serenidad.” (23). También ella tiene sentimientos confusos, ya que después de tener el contacto con su padrastro pareciera que desea lastimarse: “Seguía lloviendo pero ella no se cubría, huía de mí” (Krauze, 26). Es inexplicable por qué sigue viendo a su padrastro. Ahora ya no se trata de una violación, puesto que ella lo busca, lo acepta. Han pa-

sado varios años y sigue teniendo esa relación de codependencia, se siente mal sin él y a la vez lo detesta. No cabe duda que es una relación tormentosa.

La protagonista tiene un sufrimiento intenso, en ningún momento se presenta como un ser seguro, o con posibilidad de ser dichoso: “A solas, en la oscuridad, se las bebía. Porque delante de él sacaba todas las fuerzas de su médula ósea para aparecer sonriente, hermosa para él, para que él no dejara de quererla; empresa que, aunque anhelada, podía jurar que estaba, indefectiblemente, destinada al fracaso.” (Krauze, 29)

La mujer se presenta como un ser atormentado. Recuerda que desde los once hasta los treinta y dos años fue asediada por su padrastro; pero lo que es inaceptable es que, siendo una mujer, todavía acepte esa situación provocándole un sufrimiento intenso. Está consciente de que ha vivido en una codependencia total hacia su violador, pero no hace nada por cambiar su vida, así le haya hecho mucho daño.

En un momento medita acerca de que ha tenido en su vida varios abusadores y que unos y otros han sido personas a las que su familia conocía, por lo que en su memoria reconoce que ha sufrido violencia moral, psicológica y espiritual, que la han marcado.

Aparte de la versión de la violada y del violador, también aparece la revelación de otra persona, es la de Alegría, nombre de la madre de Magdalena, quien ha aceptado esta relación insana; en un momento determinado se explaya para hablar con sus hijos y hacerles ver que ella también ha sufrido y recurre al papel de mártir. Su justificación es que perdona a su hija y quiere unir a todos. Magdalena le hace ver que por no querer que el esposo la abandone ha permitido que sucedan las cosas. El título de la novela es sugerente y la protagonista lo dilucida: “¿Sabes lo que es que te encajen un cuchillo tan dulce que no sientes la herida hasta que te ahogas en tu propia sangre?” (Krauze, 49). Se refiere a la violación como una tortura con placer. Este caso es similar a muchos otros que encontramos diariamente por la vida. Lo cruel de toda la novela es que estas acciones se repiten cotidianamente y lo que estamos contando como acciones noveladas, es más frecuente de

lo que se cree: “Las mujeres que enfrentamos violencia sexual cargamos una culpa indescriptible que es necesario trascender, un miedo irracional y una incapacidad para defendernos”, dice Magdalena. (Krauze, 80)

Otro problema común es el enfrentamiento entre madre e hija, que se muestra intenso y con una actitud retadora: “El anillo de esmeralda de mi madre muerta. Me parezco tanto a ella... a veces siento que soy ella, una reencarnación de ella, por algo fui amante de su amante durante once años.” (Krauze, 76). Es tanta la aversión que tiene hacia la madre que profiere su odio: “... estoy consciente del momento, suspiro con un desaliento resignado, con una definitiva sensación de abandono, aunque ha regresado, mi madre sigue a mil millas de distancia y ahora sé que en ese instante ya la odio.” (Krauze, 81). En otras partes de la novela se aprecia una distancia enorme entre la madre y la hija. La relación entre ellas es tan tortuosa como lo fue con su padrastro. En una ocasión Magdalena cita:

No quiero que nadie encuentre eso”, (se refiere a la carta que Magdalena le escribió recriminándole por su actitud) fueron sus últimas palabras para mí, la última vez que la vi con vida. Yo era, pues, para ella, eso, y ni en su lecho de muerte tuvo un gesto de comprensión sobre lo que había ocurrido y sobre su responsabilidad en la tragedia... (Krauze, 86)

La historia muestra también a una mujer que quiere tener el poder de la autodeterminación, se trata del proceso de cambio en el que de repente se da cuenta del terrible estado en el que ha permanecido durante años y después se concientiza y quiere liberarse. Es una mujer que se desinhibe y que desnuda su intimidad, su flaqueza, queriendo redimirse, superarse, pero dejando a un lado el papel de víctima, se trata de una transformación profunda en donde la protagonista quiere dejar de lado el pensar en lo que los demás quieren para concentrarse en su vida. Sin embargo, el vivir ese trance es difícil y no se da sólo por haber logrado la conciencia de su infortunio. Las palabras salen como si fueran lava que corroe su cuerpo y a la vez trata de defender su postura, su nece-

sidad de enojarse. Ella tiene ahora cuarenta años, un esposo y una pequeña hija. La respuesta que da a sus sensaciones es de defensa, se enfrenta al mundo pero a la vez se siente indefensa ante él. Es una mujer conflictiva y compleja que demuestra no estar supeditada a los demás. A la par de esto, también existe violencia hacia el esposo, Sebastián, quien quiere ayudarle a recomponer su vida, aunque ella se muestra reacia, e incluso insolente.

Los deseos por salir del atolladero en el que está, son alentados por su pequeña hija. Al llegar al final vemos que la perseverancia, el sostén de todos sus sufrimientos son redimidos por su hijita, aunque varias veces le gana la desesperación

La historia es una especie de diario sin fechas donde revela sus sentimientos de enojo, de miseria, de cobardía, de ansiedad, de odio, de deseos de levantarse. Llega a tal grado su desesperación que desea matarse, es como si tuviera dentro un volcán hirviendo. En esta época de su vida su violador ha muerto y ella sigue teniendo ese delirio de persecución, de enfrentamiento.

La autora deja un buen final al concluir que la mujer que ha sufrido tanto ahora se ha reencontrado consigo mismo y por fin se siente redimida: “Luego me miré firmemente a los ojos, y vi a todas las Magdalenas que he sido, desde la niña azorada y solitaria de cuatro años de edad, la niña triste y loca de los once, la joven salvaje de los veinte, hasta la salerosa de cuarenta que llena de deseo a su marido.” (Krauze, 96). Esa locura que la ha atormentado durante tantos años está por desaparecer, cuando, en un tiempo de la narración circular, las acciones de la novela vuelven al principio en el momento que Sebastián le ofrece un cuchillo para matarse y ella lo sostiene, para después marcar el teléfono y pedir ayuda psicológica.

Las novelas manifiestan hechos que presentan la deshumanización en la que vivimos. De tanto oírlos y verlos esos acontecimientos se han vuelto costumbre y no les otorgamos el valor exacto que deben tener hasta que nos agita sus vientos de violencia en carne propia. Todo se resume en un ansia por el poder en el que la muerte de uno explica la supervivencia del otro. Aunque las obras tengan en común una misma trama, la vida, la realidad, ha sido muy fuerte y de ahí la necesidad de llevar las historias al papel.

La narrativa actual utiliza temas que son universales, como la fatalidad o el destino que acompañan a mujeres y hombres y los conducen por senderos que provocan infelicidad. La forma de vida que llevamos aparece representada en cuentos o novelas, la realidad ha invadido las mentes de los creadores y la violencia como estilo de vida está presente.

Estamos ante el recuento de la vida diaria, con la violencia como un eje importante que define la trama y el lenguaje, acompañada de técnicas narrativas que agilizan la historia y que dan cuenta de un trabajo profesional. Varios personajes son representativos de aquello contra lo que lucha el hombre: injusticia, afán de poder, políticos corruptos. Estos personajes pueblan las páginas de las obras. Denuncian la corrupción y la violencia por las muertes suscitadas por el afán de poder, lo trágico es que se trata de escenas retomadas de nuestro contexto:

Uno de los principales valores que la estética de la recepción ha devuelto a la crítica literaria es la noción de historicidad como factor intrínseco al desarrollo textual [...] la mayor parte de las metodologías que se han sucedido a lo largo del siglo xx, al centrarse en la base lingüística del lenguaje literario, han acabado por privar a la obra de su situación histórica [...] a la estética de la recepción lo que le interesa no son los orígenes [...] sino las relaciones que se desprenden de los mismos [los significados] y que sólo son perceptibles en el proceso receptivo. (Gómez, 239, 240)

Esto sólo puede ser asimilado, interpretado y valorado por un lector competente que comparta y comprenda los acontecimientos que se han relatado. El dolor y la crueldad se han instalado en nuestras vidas, la muerte diaria es ahora nuestra condición. Ello conlleva el uso de un lenguaje áspero, apropiado a los temas que se muestran. Se nota la preocupación existencial por la vida actual, la deshumanización, la incertidumbre ante los sucesos diarios. En momentos de crisis como las provocadas por las guerras o por la violencia extrema, como sucede actualmente, la literatura ha reflexionado presentando hechos reales ficcionalizándolos y mostrándolos a los lectores con el fin de lograr un llamado a la concientización.

Existen diferentes formas de violencia y aunque ésta es consustancial al hombre, hemos tenido que aprender a convivir con ellas. Cada época ha dejado su impronta, que ha sido rescatada por la literatura ofreciendo un diálogo con el lector y una reflexión que nos permite ir más allá de lo que las páginas nos dicen.

BIBLIOGRAFÍA

Gómez Redondo, Fernando

1996 *La crítica literaria en el siglo xx*. España: EDAF.

Krauze, Ethel

2010 *Dulce cuchillo*. México: Editorial Jus.

Mendoza, Élmer

2010 *Balas de plata*. México: Tusquets Editores.

Pérez-Reverte, Arturo

2002 *La reina del sur*. México: Alfaguara.

Sefchovich, Sara

1992 “Las mujeres y la escritura hoy, aquí”, en Mariano Morales (comp.). *Literatura, mujeres, escritura*. México: Universidad Autónoma de Puebla.

PALABRAS CLAVE DEL ARTÍCULO Y DATOS DE LA AUTORA

narcoliteratura, violencia de género, lenguaje coloquial

Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez

Nicolás Bravo No. 20, Col. Centro

CP 39000, Chilpancingo, Guerrero

Universidad Autónoma de Guerrero

Teléfono: 01-7474947763

Cel: 7474992444

e-mail silviaalarcon23@yahoo.com.mx